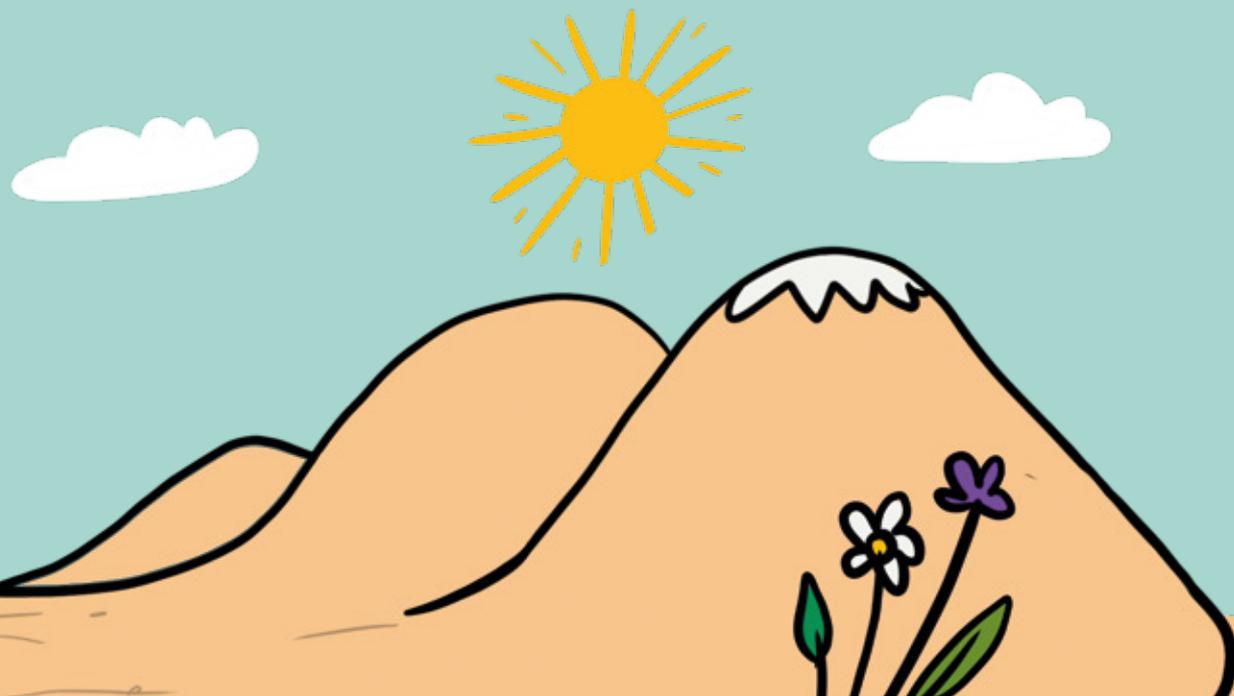
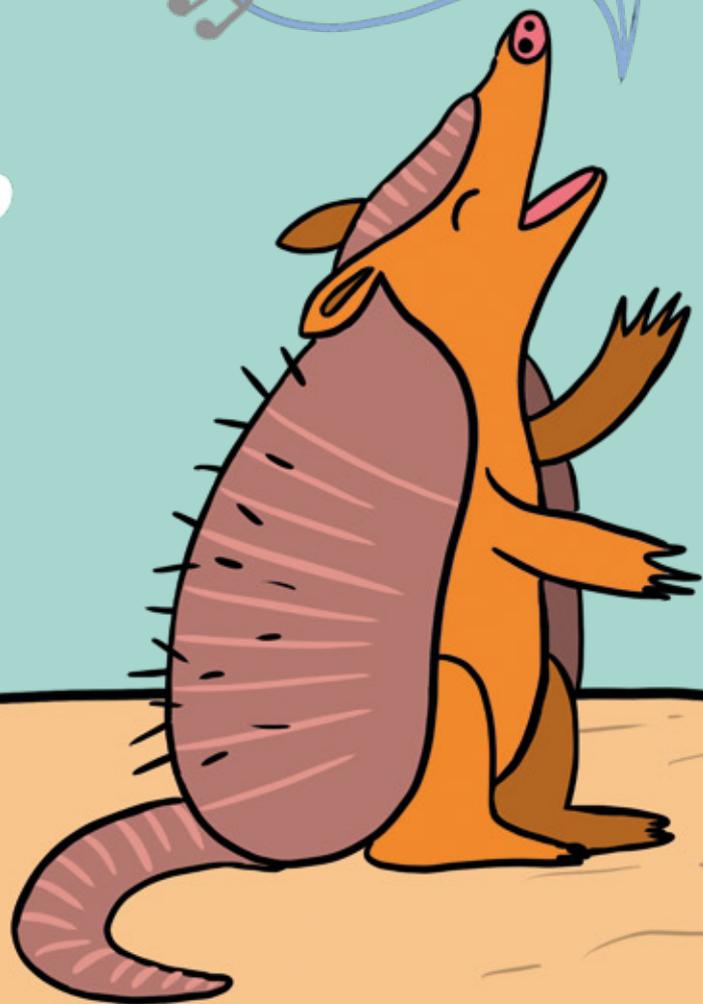




LA CANCIÓN DEL QUIRQUINCHO

ESPAÑOL



eligevivir
— SIN DROGAS —

LA CANCIÓN DEL QUIRQUINCHO

Amanecía en el desierto de Atacama, en el norte de Chile. Su silenciosa y fría calma fue interrumpida por el llanto de una pequeña niña.

—Killa aún tiene fiebre —dijo la madre, tocándole la frente con sus labios.

El padre le puso un paño húmedo en la cabeza y otro en su pancita, y permanecieron junto a ella mientras la consolaban.

Fuera de la casa, una linda voz comenzó a cantar una dulce canción:

Que el Tayta Inti, nuestro Padre Sol, ilumine tu corazón.

Que sane tu cuerpo para que te sientas mejor.

El amor y la medicina te van a ayudar.

Todos te cuidaremos en comunidad.

Con esta canción, junto a la salida del sol, comenzó a bajar la fiebre de Killa, quien dejó de llorar y sonrió.



El padre, la madre y la niña, que querían saber quién les había ayudado, se acercaron a la ventana.

—¡Un animalito que canta! —dijo la niña, y le brillaron sus ojos.

—Sí, hijita —contestó su madre—. Es un quirquincho, un animalito que vive acá y forma parte de nuestra comunidad. Mira su caparazón, es muy fuerte y le sirve de protección.

—Venía pasando por fuera de su hermosa casa —dijo el quirquincho, de pronto— cuando oí el lamento de la pequeña. Espero que mi canto haya servido de algo.

—Ha sido de gran ayuda, pero aún tiene fiebre —contestó el papá

—Conozco un remedio que se puede hacer con la flor de sauco, que de seguro la ayudará a sanar. Los quirquinchos sabemos mucho de medicina tradicional andina. ¡Iré a buscarla!



Mientras esperaban a que llegara con la medicina, le hicieron una sopa a Killa. Ella la tomó despacio mientras le cantaban la canción del quirquincho.

Que el Tayta Inti, nuestro Padre Sol, ilumine tu corazón...

Un golpecito en la puerta les anunció que el quirquincho había regresado.

—La Pachamama me regaló, con mucho amor, estas flores de sauco para ayudar a Killa a sentirse mejor. Yo les enseñaré a prepararlas.

Una vez que la pequeña bebió la medicina, ya no tuvo fiebre ni malestar alguno.

—Muchas gracias por tu ayuda, hermano quirquincho.

—Ustedes solo recibieron de vuelta la semilla de amor que sembraron hace algún tiempo —les dijo. Miró a los ojos del padre y continuó— Cuando yo era pequeño me perdí y unas personas quisieron atraparme para vender mi caparazón. Yo corrí y corrí hasta que un joven me rescató y en su casa me cuidó. Al amanecer, me llevó con mi familia.

El padre de Killa recordó la historia emocionado, se acercó a él y lo abrazó. Nunca imaginó que él sería el pequeño animalito al que ayudó hace tanto tiempo.

A partir de ese día, personas y quirquinchos, flores y pumas, cóndores y flamencos comenzaron a cuidarse como una sola gran comunidad, bajo los generosos rayos de luz que nos regala el Padre Sol.





eligevivir
— SIN DROGAS —